

Cintio Vitier con nosotros

—• Por Enrique Saíenz •—



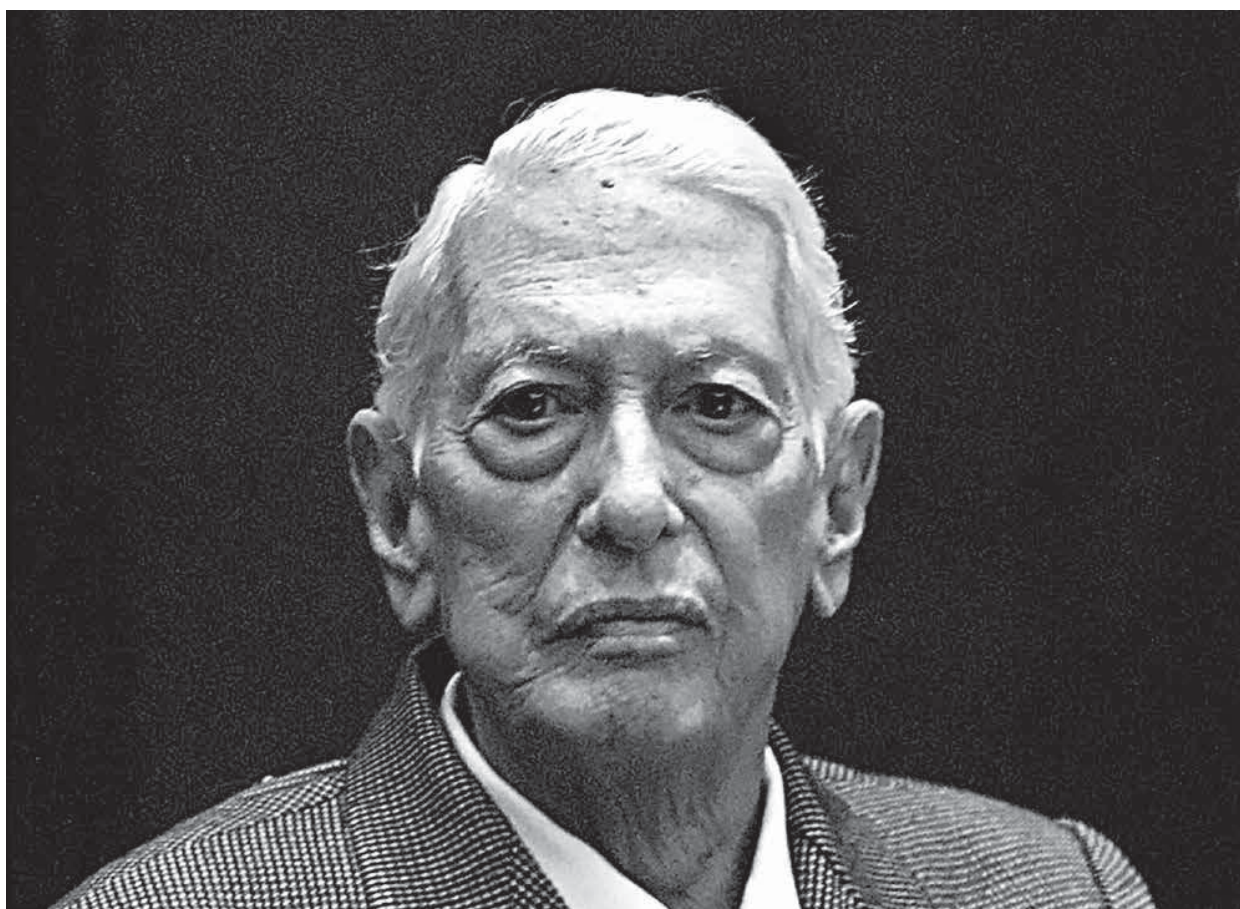
Los tiempos que corren están llenos de violencia, la corrupción se extiende, las migraciones se suceden una tras otra en busca de una solución a los tremendos problemas económicos que sufren naciones enteras, los avances tecnológicos, sin duda agradecibles por tantas razones, han alcanzado dimensiones insospechadas, mientras por otra parte sufrimos una importante y gradual ausencia de valores que es necesario frenar para intentar recuperar algo de lo que se ha venido perdiendo en prácticamente todas las latitudes del planeta. Las crisis económicas se han desatado con una fuerza y una continuidad ciertamente alarmantes. Estamos en riesgo de perder también el gusto por la cultura humanística tradicional. Cintio Vitier sabía desde muy joven que estábamos atravesando una época difícil, con la injusticia entronizada y su consecuente menosprecio por los débiles. Ese mal es milenario y ha estado siempre en el centro de las relaciones políticas y en el juego de las clases sociales. Muchas naciones se han edificado con la violencia de unos sobre otros, como nos enseña la Historia. Por lo pronto se impone, para paliar semejantes problemáticas, un diálogo con la gran herencia espiritual, no solo la de Occidente, sino con toda la que podamos conocer, ahora mucho más fácil que cuando este gran maestro cubano comenzó a pensar.

Pero hay algo de suma importancia que prece-
de a ese acto de adentrarnos en el conocimiento de los clásicos de todas las artes y del pensamiento. Es necesario encontrar sentido. Sorprende que Vitier señalara esa imperiosa necesidad muy temprano en su formación, allá por 1941, cuando aún no había cumplido sus veinte años de vida. Para entonces había publicado su primer cuaderno de poemas y había leído una buena cantidad de libros capitales de nuestra sensibilidad. Esos inicios de la prodigiosa década de 1940 —adjetivo cuya veracidad viene confirmada por el extraordinario número de magistrales obras literarias, pictóricas y musicales que produjeron nuestros escritores, pintores y músicos en ese decenio—,

fueron fundamentales en el joven escritor. Poco antes conoció personalmente a Juan Ramón Jiménez y había comenzado a fraguar planes culturales con José Lezama Lima, como nos muestra una muy citada carta de 1939 en la que este lo invita a trabajar juntos en un proyecto que más tarde cobraría cuerpo viviente en la revista *Orígenes*, de todos conocida.

En el breve ensayo “Nota en torno a Eduardo Mallea”, escrito en 1941 a propósito de *Historia de una pasión argentina*, de este autor, y publicado muchos años después, en *Para llegar a Orígenes* (1994), ya era lo que llamamos una promesa literaria, pues en esas páginas hay no solo un magnífico prosista, sino además un pensador de clara inteligencia y sobre todo consciente de la necesidad mayor de asumir la cultura como un camino hacia el conocimiento y hacia una razón última de la existencia, toda una formulación filosófica que la segunda Guerra Mundial, en pleno apogeo por entonces, ponía en tela de juicio y análisis para aquellas personas que tuviesen un proyecto de vida y un interés que fuese más allá de banalidades y de innobles afanes de dominio económico y político.

El cuaderno de poemas que Vitier publicó en 1938 sí puede ser considerado como una promesa, trascendida en las subsiguientes entregas líricas hasta su últimos textos. Poco después de su ensayo de 1941 aparecen otros dos de magnífica factura y de reflexiones fundamentales, verdaderamente paradigmáticos dentro del género en Cuba hasta nuestros días, ambos en torno al hecho poético. Pueden parecer, para quien los leyera o escuchara en aquellos momentos, simples y hasta superfluas consideraciones de las que no había real necesidad, en especial si tenemos en cuenta que en ellas no se hacía alusión a la realidad socio-política de la nación ni se proponían soluciones economicistas de ninguna especie. Eran, sencillamente, ideas que aludían a una realidad, la poesía, que muchos consideraban, como ahora, innecesaria, graciosa como pasatiempo y útil si acaso para enamorar o decir unas cuantas lindezas que no nos conducían a parte alguna. Ese es un da-



ñoño error que persistey que comparten personas de muy diferente procedencia social, sobre todo las que se dedican a hacer dinero en grandes cantidades, para las cuales los poemas no son otra cosa que una buena pérdida de tiempo, como nos dice León Bloy que estiman los burgueses a ese género literario en su vitriólico libro *Exégesis de los lugares comunes*.

Pero en esos ensayos memorables de Vitier había mucho más que palabras sin verdadera sustancia o jueguitos de agudeza y superficiales aseveraciones. Ahí tenemos, delante de nuestros ojos, una angustiada búsqueda de la naturaleza profunda de la poesía, y con ella una angustiada búsqueda del conocimiento desde la dimensión de la palabra creadora. Es decir: Vitier estaba buscando un posible sentido de la vida, una ontología que nos permitiera llegar a conocernos y llegar a conocer el ser total, como otros se adentran en las ciencias o en la fe para penetrar el enigma último de la existencia.

Los cuadernos poéticos que este maestro fue publicando a lo largo de su vida nos hablan de una singular evolución que va, desde la angustia inicial del individuo frente a los formidables enigmas que día a día se le presentan en todos los planos, hasta la se-

rena acogida del poeta de todos los dones del mundo natural, ya sosegado ante la Historia después de haber fusionado en un solo cuerpo su fe trascendente y los triunfos y logros del que consideró humanismo revolucionario, forjado en Cuba desde enero de 1959. Pasó así el poeta de la angustia de raíz historicista de sus grandes poemas de la etapa anterior a 1959 a una armonía conquistada por él en el decurso de la sociedad cubana posterior a esa fecha, transformación que se fue operando en el autor con una buena dosis de sufrimiento en el proceso de integración de su formación religiosa con los cambios que se venían operando en la sociedad desde posiciones marxistas. El conocimiento de José Martí fue fundamental en esa evolución, pues la profunda raíz de la ética martiana había sido una fuente nutricia del pensamiento de Vitier desde temprano, y de ahí pudo pasar naturalmente a la defensa de los postulados de la revolución sin abandonar los fundamentos de su religiosidad. En 1953 escribió, como muestra de esa evolución desde el drama personal hasta el drama colectivo, un grupo de poemas que nos hablan de los otros, de esa apertura hacia afuera que en él preparó el sendero para llegar a comprender los hechos que tenían lugar en la

historia nacional y verlos como acontecimientos absolutamente necesarios. El otro, los otros, estaban ahí y atravesaban por un conflicto existencial tan fuerte y trágico como el suyo, individual y sin salida por esa vía en solitario. Su cristianismo y su poesía le permitieron comprender a su prójimo en su verdadera dimensión, una revelación que está en los evangelios, tan bien conocidos por Vitier.

En su obra ensayística y narrativa, y muy especialmente en sus estudios acerca de la vida y la obra de Martí, tenemos un pensamiento de singular plenitud que el autor va trazando con una prosa muy lograda en la rapidez de sus exposiciones, sin la retórica de los intercalamientos extensos en el plano sintáctico, una prosa como la de quien ha trabajado largamente sus juicios, criterios y apreciaciones. Así apareció un libro como *Ese sol del mundo moral. Para una historia de la eticidad cubana* (México, 1975), en cierto sentido continuación de su obra maestra *Lo cubano en la poesía* (1958), donde encontramos un pensamiento que apunta hacia posiciones ideológicas como las que sustentaron sus escritos posteriores de prosa reflexiva. Sus acercamientos a la crítica literaria y estética en el

siglo XIX cubano, a figuras del pensamiento filosófico de nuestro país y a creadores de la talla de Rimbaud y Mallarmé, nos dicen que Vitier es un auténtico maestro que estuvo toda su vida preocupado por aquellos valores que hoy tanta falta nos hacen a los que debemos defender con toda nuestra inteligencia y nuestros mejores dones. Su ejemplo es útil para todos los jóvenes que quieren adentrarse en la poesía y en el conocimiento de lo mejor de la cultura humanística, y en no menor medida es también un paradigma para los intelectuales que ya rebasamos la juventud y que nos interesan los caminos de la redención espiritual. Ahí tenemos su obra para todos, una obra que siempre nos acompañará y a la que volveremos una y otra vez. No olvidemos lo que significó para este creador el hallazgo del “quemadísimo Vallejo”, como él mismo llamaba al gran poeta peruano. Vio en él mucho más que a un poeta, percepción que quizá muy pocos de sus lectores han tenido. Ese deslumbramiento es por sí solo una revelación de la maravillosa lección que Vitier nos ha dejado. Ahí están sus libros, ahí está su trayecto vital, ahí está su apasionado y dolorido sentir con todos y para todos.

